Creer 24: Dominio propio

Pastor Larry Courson

Iglesia Luterana de Paz, Ann Arbor (Míchigan)

1 de marzo de 2015

¿Alguna vez has mirado a tu alrededor en un restaurante y has visto a las personas sentadas a las mesas con otras, pero ignorándose entre ellas? Están concentradas en sus teléfonos celulares, ya sea enviando mensajes a alguien, leyendo sus correos, usando alguna aplicación o buscando algo en la Internet. Me da la impresión de que algunas de ellas se han convertido en esclavas de sus teléfonos inteligentes y no tienen dominio propio. Tal vez te asustas cuando llega la cuenta de tu tarjeta de crédito porque sabes que has gastado más de lo que puedes pagar y tus gastos están fuera de control. O tal vez tu problema es que no puedes resistirte a tomar un puñado de ese tazón de M&M’s cuando pasa por tu lado. No tienes dominio sobre tu debilidad por el chocolate. Tengo que admitir que soy culpable.

Hoy vamos a analizar la siguiente virtud de la vida cristiana: el dominio propio. Sabemos que no es fácil practicar el dominio propio en un mundo que está fuera de control. El dominio propio es el producto de la Palabra de Dios y el Espíritu que obran en nosotros. El dominio propio es el regalo de la gracia de Dios que cambia y transforma nuestras vidas.

El dominio propio no se adquiere de forma fácil. Si queremos ganar la batalla del dominio propio, debemos luchar al menos en tres frentes. La primera línea de batalla que enfrentamos es el diablo. Cuando Dios creó a Adán y Eva, la vida era perfecta. Todo estaba bajo control hasta que apareció Satanás y comenzó a seducir su orgullo cuando les dijo: «Dios sabe muy bien que, cuando coman de ese árbol, se les abrirán los ojos y llegarán a ser como Dios, conocedores del bien y del mal». (Génesis 3.5). Ellos querían ser como Dios, por eso desobedecieron el mandato de Dios y perdieron el control.

Una de las mentiras más grandes del diablo en la actualidad es que él no existe, de modo que nos burlamos de él y lo convertimos en un personaje de caricaturas. Otra de sus grandes mentiras es que no hay absolutos morales. Todos pueden decidir por sí mismos lo que está bien y lo que está mal. Puedes hacer todo lo que quieras mientras que no lastimes a los demás. No nos advierte que podemos destruirnos a nosotros mismos y nuestras vidas en el proceso. Pedro nos alerta: «¡Estén alerta! Cuídense de su gran enemigo, el diablo, porque anda al acecho como un león rugiente, buscando a quién devorar» (1 Pedro 5.8, NTV). Él hace eso al alejarnos del control de Dios y someternos bajo su control.

El segundo frente de batalla por el dominio propio es nuestro mundo pecador y caído. El mundo ha cambiado por haber caído en el pecado. En vez de caminar con Dios, las personas le han dado la espalda. El libro de Génesis describe un mundo igual en el tiempo de Noé. «El Señor vio la magnitud de la maldad humana en la tierra y que todo lo que la gente pensaba o imaginaba era siempre y totalmente malo» (Génesis 6.5, NTV). Vivimos en un mundo que está fuera de control. La gente hace lo que quiere, definen sus valores morales como sociales y dejan a Dios fuera de sus vidas. Debido a que el mundo en que vivimos es así, este puede ejercer gran influencia en nuestras vidas. Es un gran desafío vivir en el mundo y no dejar que nos controle.

El último frente de batalla es contra nosotros mismos. Aunque no nos guste admitirlo, somos personas imperfectas, pecadoras y caídas. El apóstol Pablo nos dice: «La naturaleza pecaminosa desea hacer el mal, que es precisamente lo contrario de lo que quiere el Espíritu» (Gálatas 5.17, NTV). Por eso, cuando dejamos a Dios fuera de nuestras vidas todo puede salirse de control. No creo que ninguno de nosotros se despierte en la mañana con la idea de dejar que el pecado le controle o de darle la espalda a Dios, pero nuestra naturaleza caída y pecadora nos lleva en esa dirección.

Sólo hay una manera en que podemos obtener dominio propio: entregarle el control a Dios. El apóstol Pablo continúa diciendo en el mismo versículo. «Y el Espíritu nos da deseos que se oponen a lo que desea la naturaleza pecaminosa». El dominio propio es el fruto final del Espíritu en Gálatas 5. Como nos dice nuestro versículo clave de hoy: «Su gracia [...] nos enseña a rechazar la impiedad y las pasiones mundanas. Así podremos vivir en este mundo con justicia, piedad y dominio propio» (Tito 2.12).

La gracia de Dios marca la diferencia en nuestras vidas, algo que la ley no hace. Puede ser que disminuyamos la velocidad al ver la patrulla de tránsito al lado de la carretera, pero en cuanto creemos que es seguro ir más rápido, aceleramos de nuevo. ¿Cuántas veces tratamos los mandatos de Dios de la misma manera y los ignoramos cuando creemos que no nos van a atrapar? La gracia de Dios nos libera del control de Satanás y del temor al juicio. Dios nos perdona y nos hace libres para andar por la vida con Él. Jesús nos dice: «Les digo la verdad, todo el que comete pecado es esclavo del pecado. Un esclavo no es un miembro permanente de la familia, pero un hijo sí forma parte de la familia para siempre. Así que, si el Hijo los hace libres, ustedes son verdaderamente libres» (Juan 8.34-36, NTV). Jesús nos libera del amor y el control de un mundo que está fuera de control.

Dios nos hace cambiar de dirección cuando su Palabra, su Espíritu y su pueblo obran en nuestras vidas. Siempre ayuda tener a alguien que nos apoye, nos aliente y nos considere responsables cuando queremos hacer cambios en nuestras vidas. Es más fácil dejar de fumar cuando se tiene un grupo de apoyo animándolo a hacerlo. Es más fácil ajustar los hábitos alimenticios cuando hay alguien que está haciendo el mismo cambio contigo. Las personas adquieren dominio sobre el alcohol cuando se unen a grupos como A. A. (Alcohólicos Anónimos) porque tienen un padrino que los respalda y un grupo que los apoya y alienta.

Esto también se aplica cuando se trata de dejar que Dios tenga control sobre nuestras vidas. Cuando somos parte de la familia de Dios, cuando nos reunimos de forma frecuente con el pueblo de Dios para obtener ayuda, apoyo y aliento, cuando dejamos que la Palabra y el Espíritu de Dios obren en nuestras vidas, Dios tiene más influencia y control sobre nosotros. Nunca seremos perfectos mientras sigamos siendo personas imperfectas que viven en un mundo que está fuera de control, pero podemos ser más como Cristo cuando dejamos que el Espíritu de Dios nos guíe, que la Palabra de Dios nos aliente y que el pueblo de Dios nos anime.

Es importante que practiquemos el dominio propio en nuestros hogares, en nuestras familias, en nuestra comunidad y nuestra iglesia. La mejor forma de enseñar el dominio propio es con el ejemplo. Dominio propio es resistir la tentación. Dominio propio es dejar que Dios provea equilibrio en nuestras vidas. Dominio propio es vivir en paz con los demás y procurarles el bien. Dominio propio es aprender a controlar lo que decimos, lo que escribimos y lo que publicamos. Dominio propio es dejar que Dios nos controle para que nos edifiquemos mutuamente en el amor del Señor. El dominio propio es posible cuando Dios tiene el control de nuestras vidas.